Book Review

TEORÍA GENERAL DE LA OCUPACIÓN, EL INTERÉS Y EL DINERO

En busca del pleno empleo

Resumen y análisis
de la obra de John M. Keynes

Book Review en 50 MINUTOS

ePUB

La ***Teoría económica de la ocupación, el interés y el dinero***, una de las obras más importantes del célebre economista **John M. Keynes**, resulta crucial para comprender las bases sobre las que se asienta la **macroeconomía** moderna. Así, su *Teoría* muestra por qué, frente a un desempleo excesivo, la intervención estatal y las políticas de estímulo son el medio más eficaz para superar las crisis económicas, algo que va en contra de la economía clásica, que centra su atención en las leyes de la economía de producción.

Esta guía, estructurada y concisa, te sumerge en un trabajo capital dentro de toda la obra keynesiana. Descubre con nosotros la biografía del autor, el contexto en el que desarrolla su obra y un resumen y análisis de su teoría económica, además de las repercusiones de su *Teoría* y su herencia.

Sobre el autor

John M. Keynes, considerado uno de los economistas más influyentes del siglo XX, nace en 1883 en Cambridge. Mientras estudia Matemáticas y Humanidades en el King's College de Cambridge, comienza a dedicarse a la economía sin perder de vista sus dos pasiones: los negocios y la política. Es un hombre polifacético cuyas numerosas obras revolucionan el enfoque económico del siglo XX y participan en la aparición de una macroeconomía moderna. Fallece en 1946 a los 62 años, tras haber sido nombrado primer barón de Tilton.

Alberto Bomba

Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero

En busca del pleno empleo
Resumen y análisis de la obra de John M. Keynes

En 50 minutos
Reseñas de libros - 0

ePub r1.0
Titivillus 19-05-2020

Alberto Bomba, 2017
Traducción: Laura Bernal Martín

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en ePub

TEORÍA GENERAL DE LA OCUPACIÓN, EL INTERÉS Y EL DINERO

Un enfoque social y revolucionario para lograr el pleno empleo

El 5 de febrero de 1936, John Maynard Keynes publica su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, fruto de seis años de trabajo ininterrumpido. Ese trabajo aparece justo después de la inauguración del Teatro de las Artes en Cambridge (Inglaterra), del que financia casi toda la construcción —su esposa Lydia Lopokova (1892-1981) es la bailarina estrella de la primera actuación—. Serán muchos los que se mostrarán irónicos con respecto a la jerarquía que Keynes le dará a los eventos. Poco después sufre un infarto que le obliga a reducir su ritmo de trabajo. Sin embargo, a pesar de su debilidad, la revolución keynesiana está en marcha.

De hecho, su *Teoría* es una obra maestra que encarna un momento crucial en la historia del pensamiento económico. Para comprender plenamente su mensaje, parece necesario no solo detenerse en la vida de su autor, sino también situarla en su contexto. Keynes —intelectual, profesor de Economía en Cambridge, hábil desatador de polémicas, alto funcionario, especulador financiero y entusiasta del teatro— provoca una ruptura con el pasado en el ámbito de la teoría económica, modificando su enfoque con el objetivo de hacerla más social.

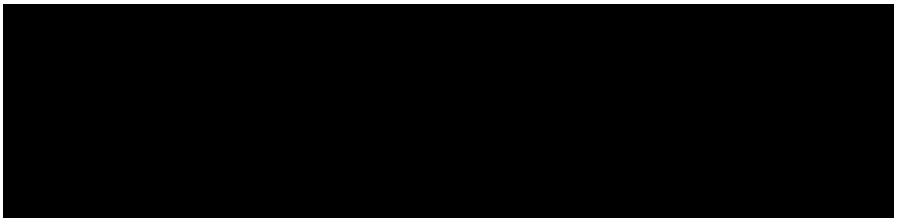
Su obra está dirigida a sus compañeros economistas que permanecen fieles a la teoría clásica, incluso a pesar de que esta se revela incapaz de resolver los problemas económicos del «mundo

real» (Keynes 2005, 371), es decir, los relacionados con el «desempleo y el ciclo económico» (Keynes 2005, 10). En ese momento, las repercusiones de la crisis de 1929 siguen siendo muy significativas, y Keynes se propone demostrar que los hechos refutan las hipótesis planteadas por la teoría clásica.

Esta última se ha establecido como auténtico baluarte del *laissez-faire* político, considerado durante mucho tiempo —de manera errónea, según Keynes— como un antídoto contra el desempleo. Para este profesor de Cambridge, lo importante no es identificar «errores lógicos» (*ib.*) o «inconsistencias en la superestructura» (*ib.*) de las teorías de sus compañeros, que parecen simplemente expresar, a través de ejemplos particulares y abstractos, lo que el pensador logra inscribir en un marco analítico más general.

Mientras que la economía clásica había centrado su atención en las leyes que guían la economía de producción, la economía keynesiana analiza cómo los componentes de la demanda global de los sistemas económicos —es decir, el consumo de bienes y servicios y la inversión— interactúan entre sí durante los períodos de crecimiento débil o de recesión. Así, Keynes muestra por qué, frente a un desempleo excesivo, la intervención estatal y las políticas de estímulo son el medio más eficaz para superar las crisis económicas, incluso si se aplican en condiciones de déficit presupuestario. La idea desarrollada por Keynes es que la economía puede ser social.

El adjetivo «general» del título representa el símbolo de la subversión keynesiana en el ámbito de la teoría económica. Mientras que el concepto de «equilibrio de subempleo de los recursos» es la piedra angular de su enorme construcción teórica, los conceptos de «demanda efectiva» y de «propensión al consumo» son dos herramientas críticas desarrolladas para demostrar que reina una confianza ciega en la eficiencia del mercado para regularse a sí mismo, y eso a pesar de que la experiencia demuestra lo contrario.



[redacted]

CONTEXTO

El autor

El nacimiento de un economista

John Maynard Keynes nace en Cambridge el 5 de junio de 1883. El joven Keynes es un chico tímido, dotado de una inteligencia refinada y a veces arrogante. Su éxito académico en Eton (Inglaterra) le permite entrar en el King's College de Cambridge, donde estudia Matemáticas y Humanidades Clásicas. Entonces comienza a dedicarse seriamente al estudio de la economía bajo la presión de Alfred Marshall (1842-1924), célebre economista de Cambridge.

Durante sus años de estudio, Keynes ingresa en la sociedad de los Apóstoles, un círculo francmasónico que reúne a importantes personalidades de la vida cultural británica. Frecuenta sobre todo a Duncan Grant (pintor escocés, 1885-1978), a intelectuales como Bertrand Russell (epistemólogo inglés, 1872-1970) y George Edward Moore (filósofo inglés, 1873-1958), y a novelistas como Lytton Strachey (1880-1932) y Virginia Woolf (1882-1941).

Keynes tiene una disposición bastante pragmática hacia los dos mundos que realmente le interesan, el de los negocios y el de la política. Después de terminar sus estudios, realiza un examen para

convertirse en funcionario público y obtiene un empleo en la Oficina de las Indias (departamento del Gobierno británico).

Su debut como autor

En la Oficina de las Indias no tiene una gran carga de trabajo, por lo que puede escribir el primer borrador de un tratado sobre el sistema monetario indio (publicado en 1913 bajo el título *La moneda india y las finanzas*) y un ensayo sobre la teoría de la probabilidad. Aunque la carrera académica nunca es una prioridad para Keynes, renuncia a su cargo en 1908 para entrar en el King's College de Cambridge como lector universitario.

En 1909, con el primer borrador de lo que se convertiría en su *Tratado sobre la probabilidad*, comienza a enseñar activamente y, en poco tiempo, se convierte en profesor de Economía y en miembro del King's College. Además, con la ayuda de Marshall, es nombrado redactor jefe del *Economic Journal* y secretario de la *Royal Economic Society*.

Un punto de inflexión: la Gran Guerra

El reconocimiento obtenido con la publicación de *La moneda india y las finanzas* le allana el camino para entrar en la Comisión Real India de Moneda y Finanzas, donde multiplica los éxitos profesionales. Haciendo caso omiso del consejo de sus amigos pacifistas, entra en el Tesoro Público en vísperas de la Primera

Guerra Mundial
(1914-1918)
y trabaja allí hasta 1919. De hecho, su ambición declarada de abordar de manera innovadora diversos problemas relacionados con la financiación del esfuerzo bélico, especialmente en lo que se refiere a la gestión de los préstamos entre Gran Bretaña y sus aliados, le lleva a entrar en las trastiendas intergubernamentales.

Al final de la guerra, es nombrado representante del canciller de Hacienda (es decir, del ministro de Economía) en el Consejo Superior de Asuntos Económicos. Esto permite a Keynes participar en la conferencia de paz celebrada en París en 1919. Sin embargo, frustrado por no poder hablar durante las negociaciones, renuncia antes de la firma del Tratado de Versalles (1919).

Keynes escribe entonces *Las consecuencias económicas de la paz*, un panfleto que lo situará en el corazón de la vida política inglesa y lo llevará a la fama en toda Europa. En este texto, y mostrándose indiferente ante quienes lo acusan de traicionar al poder establecido inglés, denuncia públicamente la falta de sentido común de los conferenciantes que imponen a Alemania unos costes de reparación desproporcionados. En su opinión, estas pesadas sanciones proporcionan un terreno fértil para el surgimiento de la pobreza, del extremismo político y de un clima insurreccional.

Cuando deja su cargo en el Tesoro Público, Keynes ingresa en el

consejo de administración de la Provincial Insurance Company («Compañía Provincial de Seguros») y de la National Mutual Life Assurance Society («Sociedad Nacional de Mutuas de Seguros de Vida»), de la que pronto se convertirá en presidente. Mientras tanto, publica las versiones finales del *Tratado sobre la probabilidad* (1921) y el *Tratado sobre la reforma monetaria* (1923).

Keynes y la política

Con la publicación de *El final del laissez-faire* (1926), el economista sugiere un papel más activo del Estado en la economía para conjugar equidad, libertad y eficacia, sobre todo frente a la aparición de sistemas totalitarios en Italia, en Alemania y en la Unión Soviética. En ese momento, acepta el papel de asesor gubernamental para un proyecto de obras públicas creado por el Partido Liberal para combatir el desempleo. A principios de la década de 1930, cuando la salud de la economía inglesa empeora bajo la Gran Depresión, se convierte en presidente del Consejo Asesor Económico y miembro del Comité de Finanzas e Industria, y publica el *Tratado sobre la moneda* (1930).

de la vida política inglesa, e incluso es invitado a la Casa Blanca en 1934, donde se reúne con el presidente de los Estados Unidos Franklin D. Roosevelt
(1882-1945).
Este último, admirador de Keynes, acaba de lanzar un vasto programa de intervención nacional para reconstruir la economía estadounidense, el New Deal.

El programa introduce reglas para limitar formas extremas de capitalismo financiero oligopolístico y especulativo, leyes restrictivas contra el poder de los trust (grandes corporaciones que dominan uno o varios mercados industriales), la reestructuración del sistema crediticio y una reforma tributaria. Por otra parte, establece la garantía del salario mínimo, un vasto programa de obras públicas y una ley de seguridad social que garantiza la jubilación de la mayoría de los trabajadores.

En 1936, Keynes publica *Teoría general de la ocupación, del interés y de la moneda*. El éxito de este libro subraya su reputación como teórico económico.

Después de un período de convalecencia tras una crisis cardíaca, Keynes vuelve a trabajar para el Tesoro británico en 1940 por invitación personal de Winston Churchill (político británico,
1874-1965),
ahora primer ministro
(1940-1945).
Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial

(1939-1945),
Keynes es el asesor del canciller de Hacienda. Al año siguiente, se une al Court of Directors («Consejo de Directores») del Banco de Inglaterra. En 1941, culmen de su ascenso social, Keynes es nombrado lord de Tilton.

A partir de entonces, dedica su actividad diplomática a los problemas vinculados con las relaciones económicas internacionales. Realiza numerosos viajes a los Estados Unidos para negociar los términos de los préstamos contraídos por Inglaterra con Washington para apoyar el esfuerzo de guerra.

En 1944, cuando termina la Segunda Guerra Mundial, lidera la delegación británica durante la Conferencia de Bretton Woods (1944). Aquí, será el protagonista principal con su homólogo de la delegación norteamericana, Harry Dexter White (economista estadounidense,
1892-1948),
con quien había preparado previamente el terreno para las negociaciones. El objetivo de Keynes es conducir a los Aliados hacia un acuerdo justo con Inglaterra, pero sobre todo capaz de equilibrar el poder económico de los Estados Unidos, la nación aliada menos debilitada, y su dominio en el establecimiento del nuevo orden mundial.

En 1946, Keynes, primer barón de Tilton, se retira convaleciente a su casa de campo en Firle, donde fallece el 21 de abril a los 62 años.

Contexto

La década de 1930: estabilidad económica frente a la Gran Depresión

Durante la fase de reconstrucción posterior a la Gran Guerra, el primer requisito en el ámbito económico europeo es la reconstrucción de una estructura productiva, no ya en relación con

las exigencias de la guerra, sino con las de la paz: una estructura capaz de restablecer la confianza entre los Estados europeos. En ese momento, la economía británica se encuentra atrapada entre la preocupación de perder su papel como centro financiero mundial bajo la amenaza de la creciente economía estadounidense y la inercia de una economía recesiva.

Para hacer frente a esta situación, el canciller de Hacienda Winston Churchill afirma que es necesario garantizar la superioridad de la libra esterlina en el mercado financiero. Por esta razón, en 1925 impone la introducción del patrón oro en Inglaterra, lo que provoca que la tasa de cambio de la libra esterlina se coloque al nivel de la preguerra.

Poco después, Keynes escribe un panfleto, de nuevo explícitamente crítico con la clase dominante británica, que denuncia las consecuencias económicas de las decisiones de Churchill. No está a

favor de la decisión de introducir el patrón oro por razones políticas y económicas.

- Por un lado, se trata de aceptar una política de austeridad que es, al mismo tiempo, una trampa para el propio Gobierno británico. De hecho, como víctima de una política de déficit presupuestario, este ya no puede emprender programas públicos si no quiere perder su credibilidad a nivel internacional.
- Por otra parte, Keynes predice enormes repercusiones para la producción industrial inglesa. Cree que el valor de la libra esterlina, que está sobrevalorada frente al dólar, hará que las exportaciones pierdan competitividad rápidamente. De hecho, en 1926 (un año después de la entrada en vigor del patrón oro), la tasa de desempleo en Inglaterra alcanza el 20 % de la población activa, empujando a la economía británica hacia una recesión a la que se añadirán los efectos negativos de la crisis económica de 1929. A nivel internacional, la crisis provoca un colapso real del comercio. En 1932, las exportaciones mundiales caen en un 72 % en valor y en un 60 % en volumen. En Inglaterra, a finales de 1936, la cantidad de las exportaciones se reduce a dos tercios si se compara con la de 1929.

El papel del Estado

Para comprender mejor la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, es importante recordar que se desarrolla durante un período —la Gran Depresión— en el que la producción mundial se reduce, de manera variable según el país, del 30 % al 50 %. En los Estados Unidos, la tasa de desempleo en la industria pasa del 5 % en 1929 al 38 % en 1933; en Alemania, llegará incluso al 50 % de la población activa, convirtiéndose en uno de los factores decisivos del advenimiento del nacionalsocialismo.

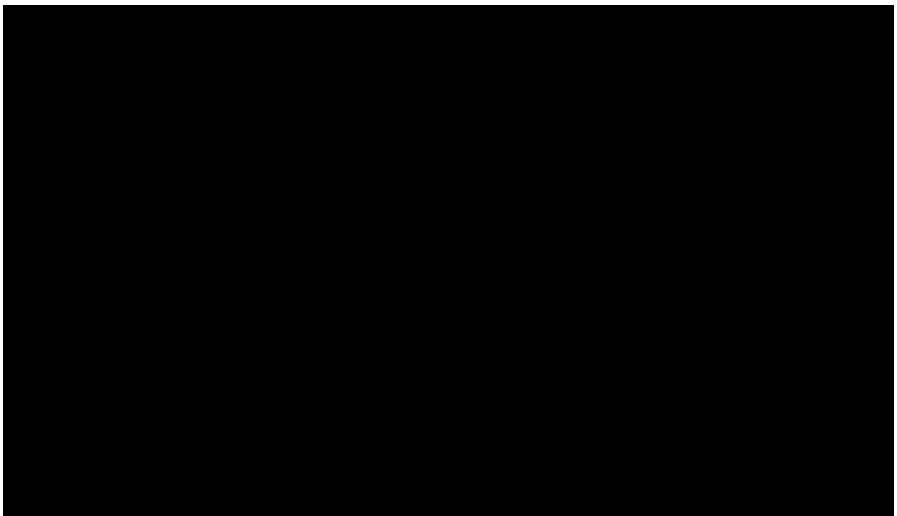
Como Keynes había predicho, la política del patrón oro paraliza la acción del Banco de Inglaterra. Este último se encuentra ahora impotente ante el empeoramiento de las condiciones del comercio internacional. De hecho, está obligado a mantener un tipo de interés elevado para proteger el valor de sus reservas de oro y evitar

la fuga de capitales, tarea que es incompatible con cualquier política de fomento de la inversión —que Keynes considera necesaria para superar el estancamiento económico—.

Para remediar esta situación, el 21 de septiembre de 1931, el Gobierno británico abandona el patrón oro, lo que conlleva el colapso definitivo de la estructura monetaria internacional. Keynes aprueba esta decisión aun siendo consciente de que, a partir de ese momento, Inglaterra corre el riesgo de sufrir una considerable pérdida de capital.

El economista inglés sigue convencido de que la intervención financiera pública siempre es preferible cuando la falta de confianza y el temor de los ciudadanos pueden retrasar infinitamente la recuperación de la inversión privada. Por esta razón, durante este período, Keynes sigue apoyando las distintas propuestas del Parlamento inglés, partidario —para descontento de Churchill— de lanzar programas de obras públicas para estimular la economía.

Pero estas propuestas son sistemáticamente rechazadas por el Gobierno conservador con el argumentario de la *Treasury view* («la opinión del Tesoro»), la postura oficial del Comité Cunliffe —un comité de 12 miembros que incluye 9 banqueros y que está presidido por Walter Cunliffe (banquero inglés, 1855-1920) — creado para estudiar los aspectos financieros de la reconstrucción de la posguerra.



Keynes, ahora miembro del Comité de Finanzas e Industria, comienza a refinar sus argumentos contra las políticas de austeridad antes de cambiar su estrategia y cuestionar el dominio de la *Treasury view*.

La *Teoría* es, por tanto, el resultado de este debate y el lugar donde se encuentran sistematizadas todas las reflexiones teóricas de Keynes. El economista demuestra que la inversión pública puede estimular indirectamente la iniciativa privada a través de una cadena de procesos particulares de gasto que Keynes denomina «multiplicadores». Así, muestra que la deuda pública no elevará necesariamente los tipos de interés hasta el punto de desalentar la inversión privada, como asume la *Treasury view*: al contrario, la deuda estimulará un incremento general de la inversión gracias al aumento del empleo y el consumo, lo que inevitablemente dará confianza a los agentes económicos.

RESUMEN

En la *Teoría* de Keynes se plasman todos los temas sobre los que el economista inglés ha reflexionado desde la escritura de su *Tratado sobre la probabilidad* y sobre el contenido de sus cursos de Teoría Monetaria de la Producción impartidos en Cambridge entre 1932 y 1933. Describe el mundo de los negocios de una manera innovadora en comparación con sus predecesores, proponiendo una representación del mercado completamente diferente. El funcionamiento de este último se explica por las interacciones entre entidades económicas mundiales o «agregados».

La economía keynesiana es una «macroeconomía»: nos hace pasar de un enfoque clásico «micro», que tiene en cuenta los comportamientos individuales, a un análisis de los comportamientos colectivos en una situación de incertidumbre.

Keynes considera que los comportamientos individuales no pueden vincularse a una teoría de la probabilidad en el sentido matemático: está más bien convencido de que son los comportamientos de masas los que condicionan la acción individual. En el mercado, donde el tiempo nunca se detiene, un futuro incierto empuja a los sujetos hacia las opciones menos restrictivas posibles. Este es el motivo por el que Keynes favorece el análisis de las decisiones económicas a corto plazo y se sitúa en la perspectiva del emprendedor que modifica los volúmenes de producción reduciendo o aumentando la mano de obra según las necesidades y condiciones del momento.

La *Teoría* se compone esencialmente de dos partes.

- Un *pars destruens* donde Keynes explica las razones por las que se niega a aceptar la ley de Say. Esta última estipula que la competitividad es una condición necesaria y suficiente para superar las crisis económicas, porque es la oferta la que crea su propia demanda. En otras palabras, puesto que la

competitividad garantizará que la producción pueda entrar en funcionamiento a través de los efectos de la ley de la oferta y la demanda, la ley de Say prescribe la implementación del régimen de libre comercio para reactivar el comercio. El nivel del comercio económico solo puede aumentar como resultado del aumento de los bienes producidos.

- A continuación, la *pars construens*, cuya exposición comienza con el principio de la demanda efectiva. Aquí, Keynes examina la interacción entre los factores que conforman la «demanda agregada» —gastos en consumo e inversiones— para proporcionar una explicación analítica del proceso de formación de ingreso de equilibrio (es decir, cuando la oferta coincide con la demanda real de los consumidores). En contraste con la doctrina del *laissez-faire*, quiere demostrar que una intervención pública para estimular el empleo es esencial para la reanudación del comercio y que la lucha contra el desempleo es siempre esencial para la estabilidad económica. Además, Keynes quiere demostrar que los mercados financieros son los puntos débiles de la economía, ya que una mala gestión del capital puede conducir a desequilibrios en la economía real para la comunidad. Esto no se debe a que estos mercados sean teatros de comportamientos irracionales, sino más bien a que, para los economistas, es difícil —si no imposible— verificar la compatibilidad de las opciones presentes y futuras de los agentes y anticiparse a sus acciones.

La crítica keynesiana de la ley de Say y la hipótesis del pleno empleo de los recursos

Los tres primeros capítulos de la *Teoría* se dedican a determinar factores estratégicos necesarios para combatir el desempleo. El funcionamiento del mercado laboral es un tema presente de manera implícita a lo largo de toda la obra. Se retomará con más detalle en los libros V y VI, después de que Keynes haya confirmado su hipótesis: un sistema económico no tiende a utilizar todos los recursos disponibles. A este respecto, escribe en el prefacio:

> «Nos parece que hasta hace poco, las doctrinas asociadas al nombre de J.-B. Say [economista francés, 1767-1832] han dominado la ciencia económica en todas partes mucho más de lo que pensábamos. [Los economistas no rechazaron] el sofismo de que la oferta crearía la demanda. Say supone implícitamente que el sistema económico opera constantemente a máxima capacidad, de manera que una nueva actividad siempre reemplazaría y nunca se añadiría a otra. Casi toda la teoría económica subsecuente deriva, porque así lo requiere, de esta misma hipótesis. Sin embargo, es evidente que una teoría con tales fundamentos no podría adecuarse al estudio de los problemas del desempleo y el ciclo económico» (Keynes 2005, 8).

La idea de que «la oferta crearía la demanda» —o incluso afirmar que la producción abre mercados a los productos— significa para Say que, cuando hay exceso de producción en un mercado (la oferta), los precios siempre tenderán a caer bajo la ley de la oferta y la demanda. Esta caída permitirá crear una nueva demanda, es decir, aumentará automáticamente el consumo.

Para Say y sus partidarios, este razonamiento puede aplicarse a todas las situaciones económicas, es decir, tanto a los consumidores como a los empresarios, tanto en tiempos de crisis como en tiempos de expansión económica. Keynes argumenta, por lo tanto, que Say «supone implícitamente que el sistema económico opera constantemente al máximo de su capacidad» (Keynes 2005, 9). Para este último, la economía consiste en un intercambio continuo de unos bienes por otros, en un entorno en el que la moneda no desempeña ningún papel: el dinero ganado en ventas se gasta inmediatamente. Así, el vendedor es también siempre un comprador que ofrece salidas a las producciones de otros.

No obstante, Keynes considera que este razonamiento es incorrecto porque no cubre ningún tipo de crisis. Además, Keynes afirma que para sus colegas economistas nunca hay crisis de sobreproducción

porque nunca han cuestionado la idea de que la demanda sería creada por la oferta: aunque la distribución de los recursos puede ser ineficaz (por ejemplo, ante las necesidades globales de la comunidad, puede ocurrir que ciertos bienes se produzcan en cantidades excesivas, y otros en cantidades insuficientes), afirman implícitamente que siempre habrá alguien, en cada mercado, dispuesto a comprar algo o a invertir dinero.

Antes que nada, Keynes considera que la hipótesis de que la ley de la oferta y la demanda obliga a los empresarios y a los productores a competir constantemente por los factores de producción (trabajo y capital) disponibles en el mercado para obtener un beneficio es falsa. Para demostrarlo, comienza a deconstruir dos orientaciones económicas que parten de la idea de que el sistema económico opera constantemente a pleno rendimiento:

- la reducción de los salarios reales es siempre propedéutica (un paso preparatorio) para reactivar la economía;
- el equilibrio entre ahorro e inversión siempre está garantizado por las variaciones de los tipos de interés.

La primera propuesta afirma implícitamente que la persistencia de las recesiones se debe principalmente a las fricciones en el mercado laboral que limitan la libre competencia. La presencia de sindicatos o de salarios mínimos fijos impide que los salarios alcancen valores competitivos. Si los salarios se redujeran bajo la presión de la competencia de los desempleados, podrían alcanzar un nivel en el que el sistema absorbería toda la mano de obra disponible. Así pues, según esta visión rebatida por Keynes, el desempleo es o bien una voluntad propia, o bien el resultado de un sistema social que no tiene lugar de ser.

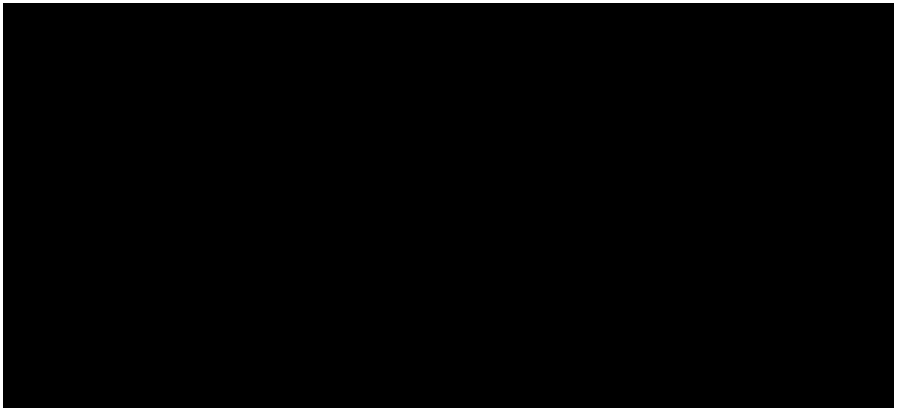
La segunda propuesta es un ejemplo perfecto de la novedad que la macroeconomía keynesiana aporta a la disciplina económica. Su método y su forma de analizar los vínculos entre el problema del desempleo y la falta de inversión nos hacen ver hasta qué punto los remedios para el bajo crecimiento sostenidos por Say y sus discípulos eran mecánicos, incluso ilógicos.

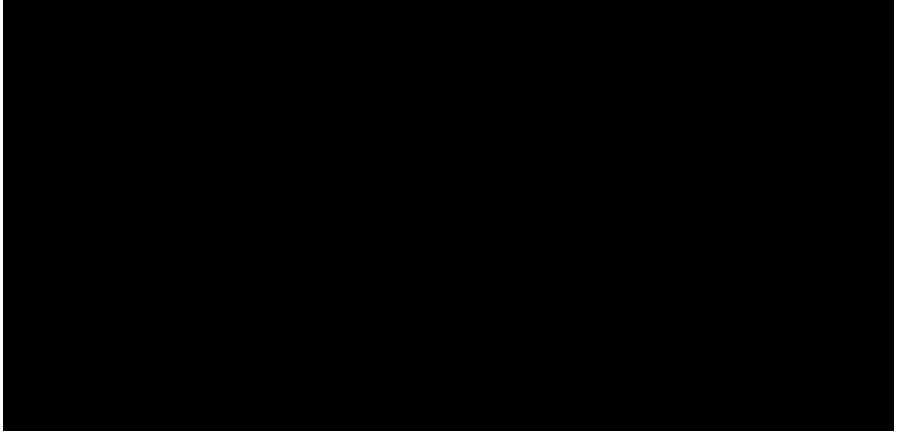
Según su punto de vista —orientado exclusivamente a la producción—, una recesión nunca viene de un problema relacionado con la demanda. De ello se deduce que, en una recesión, el desempleo es un remedio y no un problema, porque cualquier aumento de los salarios reales solo aumentará la demanda de manera ficticia. En otras palabras, un aumento de los salarios reales no es más que una fuente de inflación que altera la ley de la oferta y la demanda de bienes de consumo.

Keynes apoya plenamente la idea de que, si los empresarios incrementan su producción y el número de empleados, evidentemente estos últimos contribuyen a la adquisición de los bienes adicionales producidos. Por lo tanto, aduce que siempre es el nivel de empleo (y no la producción) lo que determina el volumen de consumo.

Según Keynes, los economistas convencionales han caído en la trampa de la «ley del sentido común», según la cual si el empleo aumenta, los ingresos reales también lo hacen, y viceversa. Esto equivale a «suponer que todas las dificultades están resueltas» (Keynes 2005, 60) y a describir la economía como «nos gustaría que fuese» (*ib.*) y no «cómo se comporta en realidad» (*ib.*).

Sin embargo, para Keynes las crisis económicas se producen cuando cualquier poseedor de dinero —es decir, los actores de la vida económica— tiende a ahorrarlo en lugar de gastarlo. En términos keynesianos, esto se traduce en que puede haber un nivel insuficiente de demanda global. Esta hipótesis se basa en la idea de la acumulación, ese deseo de mantener el capital propio, derivado de los salarios, beneficios o intereses, fuera del circuito económico.





De este modo, Keynes considera que estos análisis económicos construidos en torno a la idea de que un sistema económico tiende a la plena utilización de los recursos (es decir, que el dinero ganado en ventas se gasta íntegramente y que es la oferta la que crea su propia demanda) no siempre son válidos: este es el caso en situaciones de incertidumbre o de crisis, así como en períodos de especulación financiera, por ejemplo, cuando el vendedor no puede o no quiere, por falta de medios, convertirse en consumidor.

Después de un análisis detallado del papel desempeñado por la demanda efectiva, podemos comprender mejor lo que discute Keynes en la segunda propuesta, que establece implícitamente que el ahorro es un tipo de mercancía y que la tasa de interés es el precio habitual del ahorro. Bajo esta idea, los momentos de bajo crecimiento pueden considerarse razonablemente transitorios.

Así pues, según el esquema de Say, la quiebra de las actividades económicas —siendo el desempleo un síntoma precursor— permite liberar una cierta cantidad de ahorros y, en consecuencia, reducir el tipo de interés para crear nuevas inversiones. Así, puesto que los emprendedores juzgan si es preferible ahorrar o invertir en función del tipo de interés (el precio de la moneda), los discípulos de Say afirman que estos movimientos tienden automáticamente a guiar las nuevas inversiones al garantizar nuevas actividades.

Sin embargo, para Keynes, este mecanismo de equilibrio de los tipos de interés no funciona siempre para la acumulación. No todos los ingresos ganados se gastan siempre y no todos los ingresos ahorrados se reinvierten sistemáticamente. Por lo tanto, no es

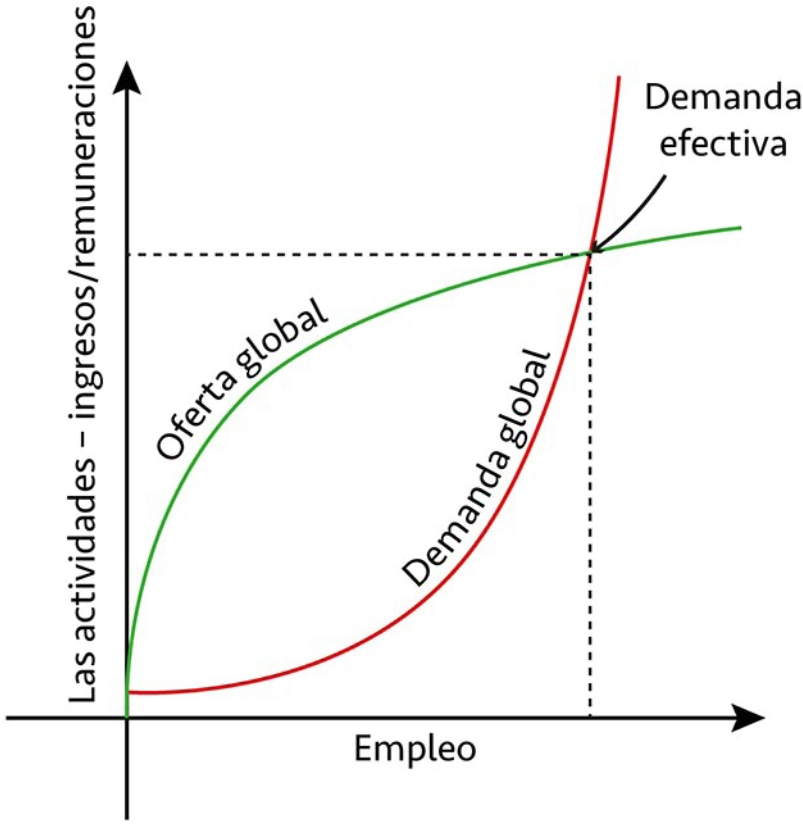
razonable afirmar que el tipo de interés regula mecánicamente la relación entre el importe de los ingresos que se ahorran o se gastan en inversiones. Para Keynes, el nivel ahorrado es principalmente el resultado de los ingresos y, por lo tanto, del empleo.

Para que los economistas comprendan la dinámica de las depresiones económicas, deben centrarse en analizar mejor los vínculos entre el volumen de empleo y la inversión. Después de haber demostrado la inutilidad del desempleo en esta *pars destruens*, Keynes nos introduce en el seno de su tesis: en esta segunda parte, argumenta que una caída de la demanda mundial conduce a una reducción de la producción. La causa de las depresiones no es, por lo tanto, un salario demasiado alto en relación con la tasa de empleo, sino un déficit en los componentes de la demanda agregada, a saber, el gasto en inversión y consumo. Para convencernos de esto, Keynes utiliza el principio de la demanda efectiva.

La demanda efectiva

La demanda efectiva es el primer concepto fundamental formulado por Keynes en *Teoría*. Aunque se trata de un principio abstracto —que se refiere a un valor en el sentido matemático, representado por un punto en el espacio geométrico—, sigue siendo esencial para la estructura de esta obra.

Es importante tener en cuenta que Keynes adopta el punto de vista de los empresarios para describir el funcionamiento más adecuado de un sistema económico. Por ejemplo, la demanda efectiva implica que estos actores económicos desempeñan un papel fundamental para determinar el equilibrio del mercado. Así pues, la demanda efectiva es una herramienta matemática, diseñada para los economistas, que permite representar gráficamente el volumen real de las transacciones finalizadas «en el punto de la curva de demanda global donde se cruza con la de la oferta global» (Keynes 2005, 53). En otras palabras, se trata de una representación del volumen real de la demanda global.



El principio de demanda efectiva es, por lo tanto, la idea central de la macroeconomía keynesiana. Con este concepto, Keynes quiere contradecir la falacia que subyace a la «ley de los mercados» (Keynes 2005, 8) de Say —que afirma que la oferta es la que crea la demanda— y quiere mostrar por qué, a la inversa, el nivel de producción o el de empleo depende de las decisiones de inversión que se toman con respecto a las previsiones de los empresarios sobre la demanda global.

Para facilitar la comprensión de su *Teoría*, Keynes muestra, con estas consideraciones sobre la demanda efectiva, por qué el ritmo de la economía no depende directamente del funcionamiento de la ley de la oferta y la demanda, sino más bien del nivel de beneficios que los empresarios esperan obtener de su producción en

proporción al número de trabajadores empleados.

La demanda global es el gasto total de una comunidad, es decir, la suma del gasto en bienes de consumo, servicios e inversiones. Simétricamente, desde el punto de vista de los empresarios, indica el volumen de ingresos que tienen previsto recaudar en relación con el gasto total de la comunidad, incluido el de todas las empresas que compiten en el mercado.

Por lo que se refiere a la oferta, para simplificar el modelo, la demostración del funcionamiento de la demanda efectiva se aplica a corto plazo, en una economía cerrada al comercio internacional. Según esta hipótesis, la tecnología de producción sigue siendo menos decisiva que los cálculos de los empresarios sobre la cantidad de trabajo requerido (por la cantidad de bienes que están dispuestos a producir) y sobre los gastos en los que creen que incurrirán para producirlos.

Keynes demuestra que, lógicamente, el empleo es la variable fundamental, porque es el elemento común en ambos puntos de vista empresariales: son los salarios los que permiten consumir (y por lo tanto vender el producto) y, al mismo tiempo, es el trabajo el que hace posible producir (y por lo tanto obtener beneficios). En este sentido, para representar este equilibrio, basta con asociar las dos funciones que representan tanto los costes de producción (la oferta) como las perspectivas de venta (la demanda) con el número de trabajadores activos.

Así pues, aunque estas dos funciones expresan una relación entre precios y cantidades, difieren conceptualmente de las que utiliza Say. Por otra parte, puesto que la demanda global es la suma del consumo y de la inversión (porque, a falta de inversión, no hay producción, ni empleo, ni consumo), Keynes concluye que la oferta siempre sigue a la demanda.

Además, el concepto de demanda efectiva desempeña un papel fundamental en la explicación de cómo el mecanismo del mercado no siempre es capaz de determinar un conjunto de precios, incluyendo el precio del trabajo (es decir, los salarios) y el precio

del capital (es decir, el tipo de interés), de manera que la demanda global sea siempre igual a la producción potencial, como asegura la ley de Say.

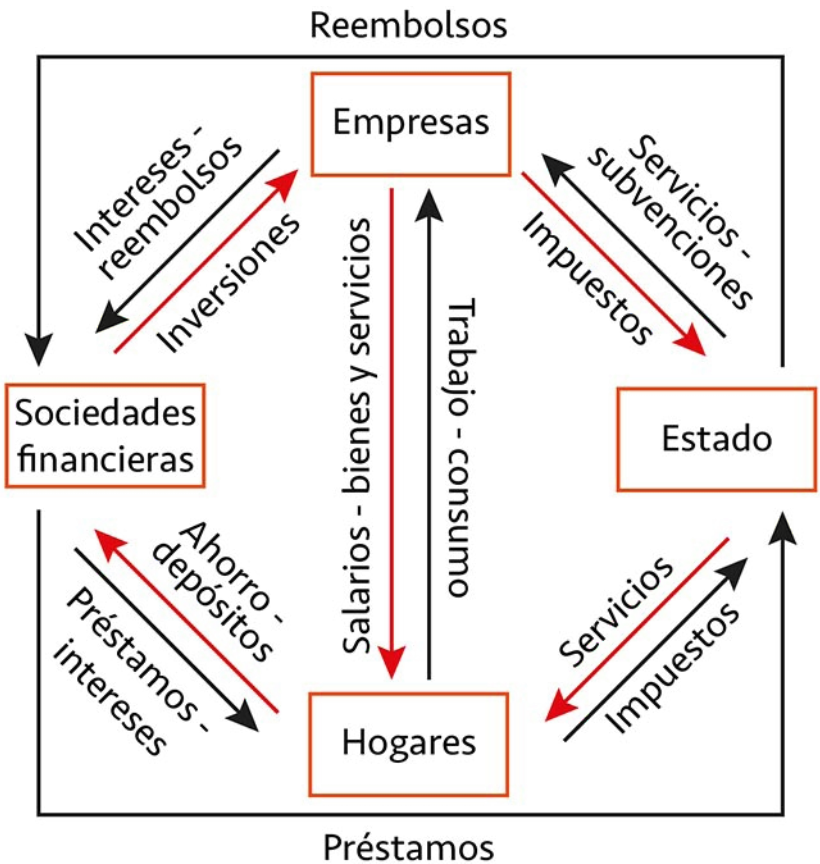
Este principio explica en parte por qué Keynes afirma que no hay ninguna garantía de que el sistema logre el máximo aprovechamiento de la capacidad productiva disponible: es bastante más común que la producción real se mantenga por debajo de su nivel potencial (es decir, inferior al nivel de producción que podría lograrse con la plena utilización de los recursos).

Cuando los empresarios confían en la situación económica y la demanda global es alta, tienen más tendencia a invertir hasta que la capacidad productiva se utilice plenamente, es decir, hasta que el producto real sea igual al producto potencial. Pero si la demanda global es débil, las empresas reducen su producción y el número de trabajadores hasta que la cantidad de bienes en el mercado sea igual a la demanda global. Esto es lo que Keynes llama «el equilibrio del subempleo» (Keynes 2005, 55), un verdadero equilibrio macroeconómico que, sin embargo, conduce a la presencia del desempleo.

Esta inversión de perspectiva es significativa. Keynes introduce la idea de que, en un sistema económico, los sujetos no tienen comportamientos estandarizados: por lo tanto, no existe una tendencia «natural» (Keynes 2005, 60) hacia el pleno empleo.

Keynes, como veremos más adelante, otorga un papel importante tanto a las previsiones de los inversores como a los hogares y su consumo. El resto de la *Teoría* se dedicará en gran medida a examinar los factores que influyen en la demanda efectiva: la propensión al consumo en lo que se refiere a la demanda global, y el multiplicador y la tasa de interés para la oferta global. Estos dos factores determinan la cuantía del gasto en consumo e inversión en una economía. Por lo tanto, es esencial analizarlos para comprender mejor por qué, según Keynes, el sistema capitalista es altamente inestable. Por lo tanto, a menudo requiere la intervención pública para fomentar el uso de los recursos.

La propensión al consumo



La propensión al consumo es una idea central en la revolución keynesiana, según la cual las crisis económicas persisten debido a un nivel demasiado bajo de la demanda mundial. En el libro III de *Teoría*, Keynes define la propensión al consumo como la parte de los ingresos que se dedica al consumo.

En consecuencia, la inestabilidad de las sociedades capitalistas es inducida por lo que Keynes llama la «ley psicológica fundamental» (Keynes 2005, 60): aunque el ingreso real de un hogar aumente, el

consumo global aumenta solo en una pequeña proporción. En otras palabras, aunque los ingresos crezcan, el consumo abandonado a su suerte, que supuestamente debe apoyar la demanda real, no aumenta proporcionalmente.

Como hemos visto con anterioridad, Keynes considera que la fuga del circuito económico de una parte de los ingresos —recibidos en forma de salarios, beneficios o intereses— suele ser el origen de un débil crecimiento. Existen dos posibilidades:

- los ingresos monetarios de los hogares, procedentes de las empresas en forma de salarios, solo se devuelven en pequeña medida a estas mismas empresas porque la cantidad ahorrada por estos hogares aumenta;
- la quiebra de determinadas actividades reduce el consumo de los hogares durante una crisis económica.

Independientemente de la situación que lo provoque, esto significa que parte de los ingresos se retiran del circuito monetario. Los dos casos, aunque son diferentes, afectan al mismo problema en términos keynesianos: la relación entre los ingresos totales de un sistema y un componente de la demanda global, es decir, el consumo.

A la luz de estas observaciones, Keynes intenta distinguir entre decisiones de consumo y de inversión, aunque ambas forman parte de la misma demanda global.

- Por un lado, el consumo y el ahorro dependen de los ingresos y, por lo tanto, se encuentran naturalmente dentro de la circulación monetaria.
- Por otra parte, las inversiones dependen más bien de la confianza y de las expectativas de los empresarios. Lógicamente, puede considerarse que están fuera del circuito monetario porque determinan el nivel de empleo que puede conducir al equilibrio de los ingresos de la demanda efectiva.

Así, si observamos el gráfico de la demanda efectiva (ver **La demanda efectiva**), podemos entender por qué las curvas de la demanda global y de la oferta son distintas, a pesar de que ambas

expresan las opiniones de los mismos empresarios.

- La curva de la oferta aumenta, bien porque cuanto mayor sean las ganancias que los empresarios esperan obtener mayores serán los niveles de producción y los puestos de trabajo necesarios, bien porque, simétricamente, los costos y beneficios solo aumentarán si lo hace el número de trabajadores y el monto de la inversión.
- La curva de la demanda global, por su parte, presenta una tendencia al alza menos pronunciada que la de la oferta. De hecho, las ganancias están condicionadas por las expectativas de los empresarios y de los inversores sobre el nivel de la demanda global, que a su vez está condicionada por un aspecto de la «ley psicológica fundamental» (Keynes 2005, 60): uno nunca gasta todos los ingresos que gana. Keynes concluye que si la demanda global es baja (si no se produce un aumento constante de la propensión al consumo), no sería más ventajoso para los empresarios mantener un alto nivel de producción. Por esta razón, el crecimiento siempre puede decaer hasta convertirse en crisis económica.

Keynes describe esta inestabilidad del capitalismo utilizando un oxímoron: la economía de hoy sufre, según él, de la «paradoja de la pobreza en medio de la abundancia» (Keynes 2005, 57). Su idea es que cuanto más rica es una sociedad, más obligados estarán sus miembros «a descubrir muchas más oportunidades de inversión» (Keynes 2005, 58) que los que se desarrollan en el seno de una «comunidad pobre» (*ib.*) donde los agentes «tienden a consumir la mayor parte de su producción y [donde] una cantidad muy pequeña de inversión basta para asegurar el pleno empleo» (*ib.*). Keynes nos muestra por qué, a medida que aumenta la cantidad de consumo necesario para mantenerlo en su nivel de riqueza, también aumenta la confianza necesaria para garantizar el crecimiento económico.

De hecho, el nivel de la demanda global, que es esencial para que los empresarios recuperen los costes de producción, es muy alto. Por ejemplo, una empresa rica debe invertir más porque la acumulación de grandes cantidades de capital aumenta los riesgos asociados con la inversión. Keynes argumenta, por lo tanto, que una crisis económica persiste porque el clima de incertidumbre (inducido por la crisis) sume a la economía en un círculo vicioso: la caída del consumo conlleva una caída de la producción, lo que a su vez conduce a un desplome del empleo, etc. De hecho, en épocas de bajo crecimiento, «cuanto más tiende a agrandarse el margen entre [la] producción potencial y [la] real [de una economía, más] evidentes y chocantes son los defectos del sistema económico» (Keynes 2005, 57).

Solo hay una manera de salir de una recesión: estimular la demanda global para que el aumento del consumo haga que los inversores tengan más confianza. Keynes defiende la importancia de la intervención del Estado en estos tiempos de crisis: en su opinión, el Gobierno debe asumir la tarea de estimular el crecimiento que, a través del efecto multiplicador, dará un nuevo impulso a los inversores privados.

El multiplicador de inversiones

Con el concepto de demanda efectiva, Keynes demuestra que un aumento de la demanda global da confianza a los empresarios, que se verán alentados a aumentar la producción. A continuación, con su modelo multiplicador, Keynes destaca el papel esencial del Estado en la recuperación económica, mostrando cómo, en una situación de equilibrio de subempleo o de crisis económica, los poderes públicos pueden estimular eficazmente las nuevas inversiones al otorgar una confianza renovada a los distintos actores del mercado económico, ya sean empresarios o consumidores.

Según Keynes, la inversión es la variable autónoma para determinar los ingresos: dado que el consumo solo puede aumentar con un incremento de los ingresos, la inversión pública puede estimular activamente la demanda global promoviendo una nueva distribución de los ingresos. Según la *Teoría*, los programas de inversión pública pueden llevar razonablemente a una distribución en cascada de los ingresos de tal manera que la cantidad de consumo final sea mayor que la cantidad de inversión inicial (y, al hacerlo, este proceso lleva a un aumento en la cantidad de ahorro en el sistema que ralentiza un aumento en la tasa de interés).

La política fiscal y la inversión pública pueden crear un efecto de bola de nieve que no solo aumentará el número de empleados, sino que también creará un proceso más complejo.

Un aumento del gasto público puede conducir a un aumento de la producción total, que es superior a la cantidad invertida al

principio, ya que los ingresos distribuidos durante las distintas fases del proceso no se gastarán en su totalidad. Con el consumo, el importe ahorrado también aumenta. Así, gracias al multiplicador, Keynes demuestra que, para reactivar una economía, también podemos contar con el incremento del ahorro que sigue al aumento de los ingresos.

Además, gracias al multiplicador y a los estudios sistemáticos sobre los patrones de gasto y ahorro de la población, los economistas pueden predecir hasta qué punto el Estado puede influir en la propensión al ahorro de un sistema económico.

> «El multiplicador indica cuánto tiene que aumentar el empleo público para provocar un crecimiento de los ingresos suficiente para inducir al público a realizar ahorros extraordinarios [para financiar nuevas inversiones]. Si el ahorro es la medicina y el consumo es la mermelada, el suplemento de mermelada tiene que ser proporcional al tamaño de la medicina adicional» (Keynes 2005, 137).

En resumen, el mecanismo del multiplicador muestra que el efecto expansivo determinado por la intervención pública da resultados que se añadirán a los derivados de la iniciativa privada. Por lo tanto, para Keynes, las autoridades públicas no compiten directamente con los inversores privados en el mercado de capitales, como afirma la escuela del *Treasury view*. Con esta concepción, el economista inglés trata de justificar la política intervencionista que el Estado desea implementar. Además de los conceptos de demanda efectiva y de propensión al consumo (dos ideas fundamentales en la teoría de Keynes), el papel del multiplicador permite ver la originalidad de su pensamiento sobre el papel del Estado, las inversiones y el ahorro.

Teoría keynesiana del tipo de interés

Tras explicar el concepto de demanda efectiva y el papel esencial que desempeña el multiplicador de las inversiones en una economía, solo falta analizar la manera en que Keynes comprende la relación entre la economía real y la financiera para entender por qué su argumento a favor de la intervención pública en el mercado marca un punto de inflexión radical en la historia de la disciplina económica.

En resumen, Keynes, apoyado en sus conocimientos matemáticos, demuestra que el importe total de los ahorros disponibles en un sistema económico puede aumentar durante una intervención pública gracias al efecto del multiplicador de la inversión. Por lo tanto, demuestra que el Estado no es necesariamente un competidor directo de los particulares en el mercado de capitales, en oposición a lo que sostiene la *Treasury view*.

Además, también denuncia la idea de que el desempleo podría ser útil para la recuperación económica, destacando que la principal fuente de inestabilidad en un sistema económico es la propensión de los ciudadanos a no aumentar sus gastos a medida que aumentan sus ingresos. Es lo que se conoce como acumulación: si la propensión al ahorro (que es un caso particular de acumulación) en un sistema aumenta excesivamente, el efecto multiplicador en sí mismo puede reducirse, haciéndolo ineficaz para estimular la demanda efectiva.

A la luz de todos estos elementos, es comprensible que el economista británico no considere los tipos de interés como un mecanismo de mercado eficaz para equilibrar la cantidad de ingresos ahorrados y la cuantía invertida. Como veremos más adelante, la idea fundamental de Keynes es que el desarrollo del mercado financiero lleva a un aumento de los efectos de la acumulación.

Si examinamos las razones por las que un individuo quiere invertir, constatamos que las tasas de interés son las que motivan su decisión de consumir hoy, de invertir en actividades productivas o financieras, o de ahorrar (Keynes 2005, 302). Por otra parte, Keynes señala que en situaciones de incertidumbre, se prefiere la moneda

líquida porque es la única con la ventaja de poder convertirse instantáneamente en cualquier otro bien, ya sea una inversión o en un bien de consumo. Sin embargo, no permite generar ingresos. De hecho, un aumento del ahorro no puede corresponder ni al aumento de las inversiones actuales ni al aumento del consumo futuro.

Keynes refuta así la hipótesis de que la igualdad entre el ahorro y la inversión siempre estará garantizada por las variaciones de los tipos de interés: el acto de ahorro no puede verse como la otra cara de la moneda del acto de inversión. En *Teoría*, el tipo de interés se concibe como una recompensa por haber renunciado a la liquidez, al contrario de lo que sostiene Say.

Por lo tanto, es más fácil comprender por qué el mercado financiero es el lugar en el que se influyen mutuamente las opciones vinculantes para el futuro de los consumidores, los empresarios y los inversores, constituyendo así el punto débil de una economía.

La eficacia marginal del capital y la preferencia por la liquidez

Con respecto a la economía real, desde el punto de vista de la producción, Keynes sostiene que cuando el empresario tiene que decidir si llevar a cabo o no un proyecto, compara los ingresos que espera obtener aumentando la inversión de su empresa (lo que Keynes llama el «rendimiento esperado de la inversión», Keynes 2005, 158) con los beneficios que cree que obtendrá por el nivel de interés en caso de prestar sus ahorros (es decir, su capital) a otro.

Esta elección que el empresario se ve obligado a hacer para aumentar el valor de su patrimonio se llama «comparación entre la eficiencia marginal del capital y la tasa de interés» (Keynes 2005, 155): este es el cuarto factor que determina las inversiones en un sistema económico, junto con las expectativas, la confianza y la especulación.

Según Keynes, la estabilidad de la economía mundial se ve

constantemente erosionada debido al aumento del volumen de las transacciones bursátiles y, más concretamente, por la distinción progresiva entre la propiedad y la gestión de empresas, cuyas actividades a menudo se ven influidas por la participación accionarial y por la elección de los fondos de inversión, más que por las decisiones de un único empresario. Aunque la capacidad de captar ahorros en el mercado de capitales favorece sin duda la inversión, también socava la estabilidad de este tipo de mercados debido a la alta especulación.

De hecho, la separación entre propiedad y gestión influye en la estabilidad de la evaluación de los valores y, en consecuencia, en el valor real de las inversiones. Son muchos los que deciden invertir sin conocer bien las condiciones reales de la empresa y atraídos por la perspectiva de ganancias a corto plazo. De la misma manera, los mercados financieros tienden a reaccionar fervientemente a lo que pueda indicar que existen nuevas oportunidades de ganancias. Por lo tanto, la economía real es más propensa a crisis de pánico o de euforia.

En este esquema, Keynes introduce el concepto de «preferencia por la liquidez» (Keynes 2005, 180) para categorizar los diferentes usos del dinero en circulación con relación a la influencia ejercida sobre la producción. Escribe explícitamente que «el concepto de acumulación puede verse como una primera aproximación al concepto de preferencia por la liquidez» (Keynes 2005, 187). En el circuito de producción keynesiano, el dinero se utiliza por razones de transacciones genéricas y medidas cautelares, bajo la influencia directa del nivel de los tipos de interés, pero también por razones especulativas, que dependen inversamente del nivel de las tasas de interés.

El papel del Estado sobre la moneda y la inversión

Dado que el tipo de interés influye en la elección de los empresarios (en relación con la eficiencia marginal del capital), es posible

apoyarse en los tipos de interés para estimular la recuperación económica. Por ejemplo, si el tipo de interés es demasiado alto, las inversiones son demasiado caras, por lo que puede tener sentido reducirlas, y viceversa.

Según Keynes, al gestionar los efectos provocados por la preferencia por la liquidez —es decir, al anticipar las preferencias de los especuladores calculando la velocidad y los costes de convertir su moneda acumulada en renta—, los dirigentes de los poderes públicos también pueden influir en la relación entre el ahorro y la inversión en la economía real y, como consecuencia, tener un impacto en la cantidad de empleo.

Sin embargo, Keynes cree que, en general, es más eficaz que el Gobierno aproveche el efecto multiplicador a través de programas de obras públicas, ya que debe evitarse otorgar una confianza excesiva al precio del dinero como instrumento de política económica.

La preocupación de Keynes radica en que, si los tipos de interés ya son demasiado bajos, seguir bajándolos equivale a correr el riesgo de que las autoridades monetarias caigan en la «trampa de la liquidez» (Keynes 2005, 127) y pierdan el control del mercado monetario. Al alinearse con un tipo de interés demasiado bajo, la demanda con fines especulativos se vuelve ilimitada, ya que los ahorradores puramente especulativos —como los grandes fondos de ahorro— son reacios a invertir hoy en día, convencidos de que los tipos de interés aumentarán en el futuro.

Y eso es exactamente lo que Keynes dice que sucede durante una crisis financiera como la Gran Depresión. La confianza en los beneficios futuros no hace más que impedir indefinidamente una recuperación de la inversión y del empleo, como Keynes lo expresa en esta famosa frase: «A la larga, todos estamos muertos» (Keynes 1923, 80).

Sin embargo, hoy en día, el economista no solo es capaz de entender por qué la eficiencia del mercado para regularse a sí mismo es ilusoria, sino que también tiene instrumentos para sugerir

al estadista soluciones inmediatas y sensatas para el bienestar y la prosperidad de la comunidad. Es en este espíritu que el proyecto keynesiano —del que *Teoría* no es más que una pequeña parte— promueve la prohibición del *laissez-faire*:

> «En lo que a mí respecta, creo que el capitalismo, entendido inteligentemente, está probablemente mejor capacitado para someterse a algunos ajustes que lo harían más eficaz a la hora de perseguir objetivos económicos que cualquier otro sistema alternativo que se proponga en la actualidad, y todo ello a pesar de que sigue siendo criticable en muchos aspectos» (Keynes 1926, 34).

REPERCUSIONES

La *Teoría* de Keynes en la actualidad

Keynes nos explica por qué el Estado es de importancia capital a la hora de limitar la inestabilidad del mercado, que es cada vez más sensible a la enorme financierización de la economía.

A través de su política económica, un Estado puede influir en los componentes de la demanda efectiva para sacar a la economía de una depresión, empujarla hacia el uso pleno de los recursos o hacia un crecimiento sostenible:

- a nivel del consumo, mediante concesiones o una política fiscal favorable al consumo inmediato;
- a nivel de la inversión, mediante la puesta en marcha de programas de obras públicas para aprovechar el efecto multiplicador;
- a nivel de la política monetaria, variando el nivel del tipo de interés, ya sea aumentándolo para evitar la especulación o bien disminuyéndolo para fomentar la inversión.

Aunque no todas las recomendaciones de la *Teoría* pueden aplicarse automáticamente a una economía abierta, Keynes predijo la paradoja según la cual, en una sociedad con alta desigualdad de ingresos y bajo los efectos de la globalización, las opciones especulativas son peligrosamente capaces de influir en la cantidad o la calidad de las inversiones. Keynes sugiere que la financierización hace aún más peligroso que los países descarguen los efectos de una crisis interna en otros países. Por lo tanto, está a favor de programas que se supone que estimulan el consumo y desalientan el ahorro, a la vez que se opone firmemente a las soluciones de austeridad.

En la Conferencia de Bretton Woods, Keynes propone la creación de una serie de instituciones para regular el comercio internacional,

como el Fondo Monetario Internacional (FMI). Estas instituciones se crean traicionando la propuesta original de Keynes, que añadía una moneda internacional para el comercio, llamada «bancor», cuyo funcionamiento debía favorecer las exportaciones de los países débiles y evitar el exceso de exportaciones de los más poderosos. Esta moneda nunca se creará.

Aunque el mundo actual es profundamente diferente al de Keynes, es posible beneficiarse de la intemporalidad del tema de la *Teoría* poniendo de relieve los rasgos comunes entre la depresión económica mundial tras la crisis de las hipotecas de alto riesgo de 2007 y la depresión de 1929. Hoy, como entonces, la financierización masiva de la economía y la desigualdad de ingresos ensanchan cada vez más la brecha entre las decisiones de ahorro y las de inversión. Keynes también nos muestra la brecha entre las diferentes influencias en la economía que tienen la masa de ahorradores (pequeños y grandes) y los mercados financieros que gestionan las existencias de riquezas de un sistema y son capaces de influir en las cantidades de ahorros acumulados a lo largo del tiempo.

La herencia de Keynes

Después de la publicación de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, los poskeynesianos de la escuela de Cambridge utilizan un enfoque puramente keynesiano —especialmente Joan Robinson (economista británico,
1903-1982)
— para estudiar las formas de mercados de competencia imperfecta (es decir, caracterizados por la presencia de monopolios u oligopolios) hasta intentar reconciliarlo con Karl Marx (filósofo y economista alemán, teórico del socialismo,
1818-1883),
tarea en la que se afanan Michal Kalecki (economista polaco,
1899-1970)
y Nicolás Kaldor (economista británico,

1908-1986).

En oposición a estos teóricos, se desarrolla la corriente de pensamiento de la síntesis neoclásica. Su instigador, el economista británico John R. Hicks
(1904-1989),
une el enfoque de la macroeconomía keynesiana con la idea de equilibrio general desarrollada por el economista neoclásico Léon Walras
(1834-1910).
De este esquema nace un importante modelo analítico conocido como
IS-LM
(siglas en inglés de *investments and savings/liquidity preference and money supply*). En los años sesenta, esta idea se adapta para el análisis de las economías abiertas en el comercio internacional: es la creación del modelo de Mundell-Fleming, llamado así por sus autores John Marcus Fleming (economista británico,
1911-1976)
y Robert Mundell (economista canadiense, nacido en 1932).

Sobre esta base, a partir de los años sesenta, la nueva economía keynesiana trabaja con Joseph E. Stiglitz (economista estadunidense, nacido en 1943) y Olivier Blanchard (economista francés, nacido en 1948) para mejorar los fundamentos microeconómicos del enfoque de Keynes, centrándose en los problemas vinculados a la rigidez de precios y salarios.

Entre 1960 y 1970 nacen dos escuelas que se oponen al enfoque keynesiano: los monetaristas y la nueva macroeconomía clásica. La primera se desarrolla en Chicago con Milton Friedman (economista estadounidense,
1912-2006)
y denuncia la ineficacia de las políticas monetarias apoyándose en la idea de que la tasa de desempleo regresa inevitablemente a un nivel natural. La segunda, por su parte, se desarrolla a finales de la década de 1970 y se opone radicalmente al keynesianismo. Sus representantes, Robert E. Lucas (economista estadounidense, 1937),

Edward C. Prescott (economista estadounidense, 1940) y Thomas J. Sargent (economista estadounidense, 1943), sostienen que el mercado siempre está en equilibrio y que la política económica es ineficiente y perjudicial en la mayoría de los casos, porque los individuos siempre formulan expectativas racionales anticipándose a los efectos de la intervención pública.

EN RESUMEN

- John Maynard Keynes publica su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* el 5 de febrero de 1936 para desarrollar su teoría de la macroeconomía, que puede resumirse en unos pocos grandes conceptos.
- Los empresarios determinan el volumen de producción en función de sus previsiones de gasto en consumo e inversión.
- El beneficio requiere que la oferta se adapte a la demanda, ya que el nivel de empleo determina el volumen de consumo en un sistema, no el de producción.
- Un sistema económico no tiene como objetivo la utilización plena de los recursos: a menudo logra un equilibrio del subempleo, es decir, un equilibrio macroeconómico que conduce inevitablemente a un cierto nivel de desempleo.
- Las crisis económicas se originan por un bajo nivel de la demanda global, es decir, del gasto total en inversión y consumo.
- La inestabilidad de las sociedades capitalistas es inducida por lo que Keynes llama la «ley psicológica fundamental» (Keynes 2005, 60): aunque los ingresos reales aumenten, el consumo global aumenta en menor proporción.
- Los poderes públicos pueden estimular el crecimiento a través del multiplicador de las inversiones, que aumenta el nivel de la demanda global.
- El aumento de la demanda global da confianza a los inversores/empresarios e impulsa la recuperación económica.
- El Estado no estará necesariamente en competencia directa con los inversores privados en el mercado de capitales para la financiación de inversiones.
- La igualdad entre ahorro e inversión no está garantizada mecánicamente por las variaciones de los tipos de interés, ya que este es más bien el precio que se debe pagar al prestamista para que renuncie a su preferencia por la liquidez.

PARA IR MÁS ALLÁ

Fuentes bibliográficas

- Costa, Natalie y Odile Launay. 2010. *John M. Keynes: vie, œuvres, concept*. París: Ellipses.
- Keynes, John Maynard. 1923. *A Tract on Monetary Reform*. Londres:
  Macmillan & Company.
- Keynes, John Maynard. 1930. *A Treatise on Money*. Nueva York: Harcourt,
  Brace & Company.
- Keynes, John Maynard. 1921. *A Treatise on Probability*. Londres:
  Macmillan & Company.
- Keynes, John Maynard. 1925. *The Economic Consequences of Mr. Churchill*. Londres:
  Macmillan & Company.
- Keynes, John Maynard. 1919. *The Economic Consequences of the Peace*. Londres:
  Macmillan & Company.
- Keynes, John Maynard. 1926. *The End of Laissez-Faire*. Londres: Hogarth Press.
- Keynes, John Maynard. 1936. *The General Theory of Employment, Interest and Money*. Londres:
  Macmillan & Company.
- Keynes, John Maynard. 2003. *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Traducido por Eduardo Hornedo. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Roncaglia, Alessandro. 2005. *The Wealth of Ideas. A History of Economic Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wapshott, Nicholas. 2012. *Keynes Hayek: The Clash That*

Defined Modern Economics. Nueva York: W. W. Norton & Company.

Fuentes complementarias

- Dostaler, Gilles. 2009. *Keynes et ses combats*. París: Albin Michel.
- Galbraith, John Kenneth. 1984. *La Crise économique de 1929*. París: Éditions Payot & Rivages.
- Kahn, Richard. 1984. *The Making of General Theory Keynes's*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Keynes, John Maynard. 1913. *Indian Currency and Finance*. London: Macmillan & Company.
- Keynes, John Maynard. 1940. *How to Pay for the War: A Radical Plan for the Chancellor of the Exchequer*. Londres: Macmillan & Company.
- Keynes, John Maynard. 1943. "The Objective of International Price Stability". *Economic Journal*, n.º 53, 185-187.
- Keynes, John Maynard. 1996. *Essai sur la monnaie et l'économie*. París: Éditions Payot & Rivages.
- Skidelsky, Robert. 2005. *John Maynard Keynes Economist, Philosopher, Statesman (1883-1946):*. Nueva York: Penguin.
- Skidelsky, Robert. 2010. *Keynes: A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.